

¿Por qué no podemos rebobinar la vida?

Una vela a la izquierda de la cama y otra a la derecha. Yo, en medio, me imagino muerta. Muerta y enterrada. Qué más da, la situación no puede ser peor: desde hace seis semanas vivo en esta ciudad, pequeña y aburrida a más no poder; me he tenido que cambiar de escuela (que está llena de provincianos garrulos) a medio curso, y mis padres están desquiciados. Papá, porque no sale de su nuevo bufete de abogados, y mamá, porque dice que tiene que «encontrarse a sí misma». Pues le desearía suerte en la búsqueda si no supiera que voy a ser yo la que pague los platos rotos. Y es que por desgracia busca el sentido de la vida en los cursos del centro cívico, y una servidora sufre las consecuencias.

A veces le da por los cursos de cocina japonesa, y entonces nos pasamos días y días comiendo asquerosos rollitos de pescado crudo, y otras veces está el día entero en yo qué sé qué posiciones de yoga, y pasa de todo, hasta de cocinar.

Inmóvil y en silencio, imagino mi entierro.

Mis padres están ahí, ante mi tumba, y lloran a lágrima viva. Les está bien.

—Si nos hubiéramos dado cuenta antes de lo mal que estaba... —solloza mi madre—. Nunca debimos mudarnos a Hellenburg.

Mi padre asiente:

—No tendría que haberme centrado tanto en mi trabajo —gime—. ¿Por qué no le hice más caso? Ahora ya es demasiado tarde.

Y Lukas, el pequeño monstruo que tengo como hermano, tiene por fin un buen motivo para berrear. Interesante. Toda la familia se reúne alrededor de mi tumba y yo los contemplo desde arriba. Incluso la tía Irmí, la bruja tacaña, está ahí con *Putzi*, su perro neurótico. También están Jana y su hermano mellizo Yannick, mis queridos amigos graffiteros. Ambos tienen los ojos rojos de tanto llorar y tiran un puñado de tierra a la tumba. Espero que se les haya ocurrido una buena pieza para mi lápida. Sería el primer graffiti que viera la luz en Hellenburg. Cómo los echo de menos desde que nos mudamos...

¡Eh! Un momento, ¿qué está pasando? ¡Mi clase al completo entra en procesión al cementerio! Madre mía, esto está yendo demasiado lejos. Bueno, sin duda Karol es bienvenida, es la única que vale la pena en mi clase nueva; de los demás puedo prescindir. A la tristona clase la acompaña

el pesado de Ebert, nuestro tutor, y es precisamente la pava de Amanda la que empieza a dar un discursito. ¡En mi tumba! ¡Qué he hecho yo para merecer esto! Vuelvo a la realidad de golpe y apago las velas de un soplido. Si pensaba que las cosas no podían ir a peor, me equivocaba.

Me siento en mi escritorio y enciendo el ordenador. Espero que uno de los mellizos me haya escrito. Al fin y al cabo no están llorando sobre mi tumba...

De: Jana@mellizosmail.de

Asunto: ¿Ya está?

Fecha: 21 marzo 14:15:44

A: Hallo@MiraMiracle.de

Hola Mira:

¡Súper novedad! ☺ Nos han dado permiso para hacer un graffiti en el muro de ladrillo de la vieja fábrica de cerveza. Genial, ¿no? Yannick ya está haciendo los primeros esbozos. ¿Quieres que te reservemos una esquina? Seguro que ya tienes el mono, pobre ☹. ¿Todavía te acuerdas de cómo es un bote de pintura? ¿Cómo va todo por el pueblo? ¡Aguanta! ¡Sólo quedan cinco días para las vacaciones de Semana Santa! ¿Ya les has preguntado a tus padres si te podemos ir a visitar? Tiene que haber algo que hacer por allí, en el Hellenburg ese, digo yo ☺. Me voy a saquear la nevera. ¡Anímate! ¡Nos vemos! Jana.

Vaya, qué suerte tienen los muy... Ese muro debe de tener diez metros de largo y tres de alto. Y, si hay algo que hacer en el Hellenburg éste, es un misterio para la humanidad.

Bueno, me pongo delante del espejo grande de mi armario y me estiro el jersey de capucha que llevo puesto. Se dibujan dos bultos. Otro misterio: ¿tendré algún día tetas de verdad? Como las de mi nueva amiga Karoline, que no para de quejarse de que, con el tiempo, va a engordar. La cuestión es que ya tiene un buen par y un sujetador de mujer. ¿Algún día habrá un sujetador para mí? La estancia en el ataúd no me ha afectado para nada: sigo teniendo el pelo largo hasta los hombros, castaño como el de un chucho callejero y los ojos oscuros, y soy delgada, muy delgada. Mamá piensa que más adelante me alegraré de mis piernas largas y de mi tipo de tabla de surf. De momento no me hace ni pizca de gracia. Me voy a por pan con nocilla.

Mi madre está rodeada de libros y con un bloc de notas en la mesa de la cocina.

—Oye, mami, necesito un sujetador.

—Dios santo, ¿para qué lo quieres? —pregunta mi madre sin apenas mirarme—. Por cierto, tienes un grano en la barbilla, cariño. —Y continúa

leyendo como si yo ya no estuviera ahí. Seguramente el libro se titula *Empatía cero con adolescentes*, la continuación de *Cómo traumatizar a los niños*. Va apuntando los mejores pasajes.

Me unto la nocilla en el pan, me arrastro hasta mi cuarto y me tumbo en la cama. Aquí todo va genial. El único *spray* que he utilizado hasta ahora es el del desodorante, Karol está hoy con su padre y ni mi madre me toma en serio. Me tendría que replantear el tema de morirme...

Justo cuando voy de camino al cementerio en mis pensamientos, se abre la puerta y entra mi madre.

—¡Mira, se me ha hecho tarde! —exclama nerviosa mientras se pone el abrigo—. ¿Puedes ir a buscar a tu hermano al cumpleaños? No sé cuánto voy a tardar. Deberías estar allí a las cinco. La dirección te la he dejado encima de la mesa de la cocina. La comida está en el horno. ¡Tengo que salir ahora mismo! —Y se va.

Lo que me faltaba: tener que rescatar a mi hermano de una horda de mocosos. Probablemente llore todo el camino de vuelta a casa y la gente por la calle me mire como si fuera una maltratadora de niños...

A las cinco menos cuarto salgo de casa y me doy cuenta de que ese pensamiento no tiene ningún sentido y me lo podría haber ahorrado. Por lo visto, en Hellenburg, la gente de bien (o sea todos) tiene toque de queda los domingos. En la zona peatonal, o como quieran llamarla, no hay ni una alma. No es que otros días suela haber mucha actividad, pero los domingos deberían llamarla zona muerta. Seguro que están todos en casa bebiendo café, zampando pastel y escuchando a Julio Iglesias. Aunque, sinceramente, yo también me comería un trozo de pastel. Podría pedirle una receta a la madre de Karol, ella sí que hace pasteles ricos. Mi madre ya no tiene tiempo para cosas tan banales, y si lo tuviera, haría comida japonesa o alguna otra asquerosidad. Aunque la madre de Karol ya no tiene tanto tiempo. Desde que se separó de su marido trabaja de cajera en el súper y llega a casa reventada. Mi madre va de curso en curso, y como no se encuentre pronto, me voy a vivir con Karol. Seguramente no me echarían a faltar.

El griterío que sale de la casa número 47 me dice que es allí. Allá vamos. Llamo al timbre y me preparo psicológicamente para esperar un rato, pero la puerta se abre de inmediato.

—¡Qué lástima! Acabamos de romper la piñata

—dice un tío más o menos de mi edad. Está tan bueno que me quedo sin habla. Tiene el pelo oscuro y rizado, un montón de pecas en la nariz y unos ojos de ensueño... Maldita sea, se me ha parado el cerebro y lo estoy mirando como una boba.

—Yo, estoo... —tartamudeo. ¡Qué lista soy!—. Yo, esto, mi hermano pequeño, el... —¡Mira, concéntrate!—. Vengo a recoger a Lukas. —Menos mal, ahora debes controlarte para que la primera impresión horrible que le has dado quede en el olvido.

Pero míster Ojazos parece no haberse dado cuenta.

—No tengo ni idea de cómo se llaman estos bichos —suspira—. Mejor entra y te llevas al que sea.

Lo sigo al salón, donde se está liando gorda. Unos diez enanos gritan y saltan a nuestro alrededor como si les fuera la vida en ello. Yo me tapo los oídos.

—Hola, soy la madre de Anton —me saluda una mujer en tejanos y camiseta roja—. Y hoy, también la domadora de estos leones. Yo de ti me iba al jardín y esperaba un poco. Ahí estarás más tranquila. ¿Quieres un poco de pastel y algo de beber?

—Vale —murmuro, y me dejo acompañar afuera.

—Espero que te guste. —Me da un buen trozo de tarta de chocolate y un refresco—. No tardará en acabar. —Y vuelve a entrar en la jaula de las fieras.

De repente, alguien a mi espalda me pregunta:

—¿Eres nueva en Hellenburg?

Consigo no morir atragantada y asiento con la cara roja como un tomate.

—Disculpa, no quería matarte del susto —dice el tío bueno de los rizos—. ¿Estás bien?

Le doy un buen trago a la limonada y vuelvo a asentir.

—¿Entonces?

—Sí, soy nueva, y sí, estoy mejor. —Aunque ya no hace calor, siento el sudor saliendo por cada uno de mis poros. ¡A ver si inventan un desodorante para este tipo de situaciones!

Le doy otro bocado a la tarta de chocolate y justo cuando tengo la boca llena...

—Y ¿a qué clase vas?

De nuevo alarma por atragantamiento. Tengo suerte de estar comiendo tarta y no estofado de ternera; si no, ya habríamos necesitado un médico de urgencias.

—A segundo —digo tosiendo.

—Ajá —masculla el hermano mayor del niño que cumple años. Está a punto de hacer un comentario cuando se abre la puerta y entran dos de los monstruitos dando gritos.

Uno de ellos es mi hermano pequeño.

—¿Dónde está mami, Pira-Lira?

Pira-Lira... Veo cómo míster Rizos sonrío y me

entran ganas de cargarme a Lukas y enterrarlo allí mismo. Parece que hoy mi tema son los entierros.

—Mamá ha tenido que salir —le digo sin enrollarme mucho—. ¿Dónde tienes la chaqueta?

—¡En el pasillo! —grita, y salta a mi lado como una pelota de goma, arriba y abajo—. ¡Y he ganado un premio, y he jugado mucho, y he comido muuuuuucho pastel y limonaaaaada!

—La limonada no se come —le corrijo—. Se bebe.

Espero que mi madre llegue a casa antes de que vomite. Parece que le ha cogido el gusto a hacerlo después de los cumpleaños, y lo último que necesito es una cama llena de vómito.

—¡Hasta la próxima! —dice míster Tío Bueno desde detrás de un arbusto.

¿A qué se refiere? ¿Hasta dentro de un año para la siguiente fiesta de cumpleaños? Sinceramente, no me importaría nada adelantar un poco la fecha.

—Sí, que vaya bien —digo, y desaparezco junto con el petardo de mi hermano.

De camino a casa, mi hermano habla sin parar.

—¿Cómo se llama el hermano mayor de Anton? —interrumpo su parloteo.

Lukas me mira.

—¿El hermano mayor?

—Sí, el hermano mayor. —A ver si le refresco la memoria—. El moreno de rizos que estaba en el jardín mientras te esperaba.

—No sé —dice—. ¡Su hámster se llama *Diddle!* Pues vamos bien. Ya decía yo que los hermanos pequeños no saben cómo hacerte feliz...

—¿No habrás visto por casualidad el saco de tierra para cactus? —me saluda mi padre al entrar en casa—. Estoy seguro de que lo dejé en el balcón la semana pasada.

—Ni idea. Por cierto, mamá vendrá un poco más tarde. La comida está en el horno.

—Qué raro —gruñe mi padre, y no queda muy claro si se refiere a la tierra para cactus o a mi madre. Se sienta a la mesa de la cocina y observa sus cactus. Mi padre ama sus cactus. Para él son los reyes de la supervivencia en el planeta. Yo no creo que tenga razón. Las otras plantas del salón también son las reinas de la supervivencia desde que mi madre no las riega. Hace ya semanas y todavía no se han convertido en polvo.

Lukas desaparece misteriosamente de la cocina. Lo sigo a su habitación y me quedo firme en el marco de la puerta.

—¿Se te va la pinza? No tienes remedio.

Mi hermano ha creado un parque para sus casas de Lego sobre el parquet. ¡Con la tierra para cactus de papá!

—No lo sabía... —dice, y me mira desamparado.

—Quédate aquí y no hagas ruido. Tengo una idea.

Vuelvo rápidamente a la cocina, donde mi padre sigue observando a sus punzantes amiguitos.

—Creo que mamá bajó la tierra al sótano —le digo, y busco mientras tanto la escoba y el recogedor—. Ve a mirar, mientras yo echo un vistazo por aquí.

—Me gustaría saber cuándo volverá a ser normal esta casa —suspira sacando del gancho la llave del sótano. Baja la escalera.

—¡Rápido! —le digo a Lukas—. ¿Tienes la bolsa?

¡Menuda pregunta! Mi hermano no tira nada. Rebusca un poco en un cajón y ya lo tiene en las manos. ¿Son así todos los niños de cinco años? ¿Yo era así? Rápidamente meto la tierra en el plástico, corro a la cocina y abro la puerta del trastero. Justo a tiempo. Mi padre entra inmediatamente después con cara de pocos amigos.

—¡Mira lo que he encontrado! —le digo con alegría levantando el saco—. Tenía otra cosa encima.

—¡Gracias! —dice mi padre, que ya parece más contento—. Creo que la teoría es cierta.

Lo miro con cara de interrogante.

—Dicen que los hombres no saben buscar porque antes eran recolectores y cazadores y siempre tenían la vista fija en algo lejano —me explica—. Por eso no vemos bien lo que tenemos delante de las narices, ¿entiendes?

Ajá, de ahí viene la manía de Lukas de almacenarlo todo. ¿Y cuando los chicos tienen doce o trece años se vuelven cazadores? ¡Me gustaría que míster Ojazos me cazara! ¿O sólo me ha visto porque estaba delante de sus narices en su jardín? Prefiero no pensarlo. Dejo solo a mi padre haciendo trasplantes y me voy a la habitación de Lukas.

—Has vuelto a tener suerte —le digo en voz baja, y él sonrío—, pero ahora me tienes que hacer un favor.

Mi hermano pequeño asiente muy serio.

—Mañana le preguntas a tu amigo Anton cómo se llama su hermano mayor, ¿vale?

—Vale —dice Lukas devolviendo la atención a sus casas de Lego—. Mañana en el cole le pregunto.

Así me gusta, quizá los hermanos pequeños sí sirvan para algo.

De: Hallo@MiraMiracle.de

Asunto: Mamma mía

Fecha: 21 marzo 19:15:44

A: Jana@mellizosmail.de

¡Qué pasada lo del muro! Pero si esperas encontrar algo así en Jaulaburg (jejeje), estás equivocada. La zona peatonal está aquí al lado y parece que nadie se atreva a caminar por ella. Bueno, ya lo veréis cuando vengáis. Me alegro mogollón. La semana pasada le pregunté a mi madre si podíais venir y le pareció bien 😊. Seguro que está la mayor parte del tiempo fuera de casa, y mi padre vive más o menos en su despacho.

Hace un rato fui a recoger a Lukas a una de esas horribles fiestas de cumpleaños para críos... pero resultó que el niño que daba la fiesta tiene un *hermano*. ¡Mmmmmmm! Por desgracia, no pude hablar mucho con él porque Lukas me daba la tabarra pero quizá me lo encuentre algún día. Para eso es práctico que este pueblucho sea pequeño 😊. He achuchado a Lukas para que le pregunte a su amigo cómo se llama su hermano mayor y si se le olvida, entonces: ... (Pon el castigo que quieras.)

103.458 besos, ¡también para Yannick!

Tu amiga solitaria, Mira.

Por suerte, la cena no era otro experimento de tofu, sino lasaña. ¡Me encanta la lasaña! Aliviada, enciendo el horno y pongo la mesa.

—¡Yuju! —Oímos a mi madre en el pasillo—. ¿Sabéis qué? —pregunta mientras lanza emocionada sus llaves en la bandejita de cristal—. ¡Voy a hacer un curso de formación de Feng Shui!

A mi padre se le pone cara de susto.

—¿Chin-Chan? —dice Lukas emocionado—. ¿Los dibujos animados?

—¿Tiene que ver con el pescado? —pregunto con precaución. No tengo más ganas de experimentos con sushi.

—No, esto es otra cosa —dice mi madre, y se sienta a la mesa con nosotros—. Feng Shui es chino y significa viento y agua y...

—A mí me parece que sería mejor que te preocuparas por tu familia —la interrumpe mi padre—. Desde hace semanas sólo comemos cosas precalentadas y no tengo ni una camisa blanca planchada. ¡Y la semana que viene tengo tres juicios! —Da un golpe seco contra la mesa—. Además, la casa está hecha un asco. ¡Por el momento podrías prescindir del viento y el agua de la China!

—Venga, no empecemos a discutir delante de los niños, por favor —le reprende mi madre—. ¡Y menos en ese tono! —Va al frigorífico y se sirve un vaso de vino blanco—. ¡Siempre igual! ¡En vez de alegrarte porque encuentro algo interesante, sólo piensas en tus camisas y en tus leyes!

—¡Estas leyes nos dan de comer! —Mi padre se pone rojo de rabia—. Espero que no lo olvidés.

Si él dejara que mi madre trabajara, ella no andaría por ahí intentando realizarse. Cuando vivíamos en Frankfurt, mamá trabajaba y todo iba bien. Claro que esto de que se encuentre a sí misma empieza a ser un rollo, pero él se ha pasado.

—Me encuentro mal —dice Lukas en voz baja.

No me extraña, sólo con pensar en una porción de la tarta que se ha comido y de la limonada que dice tener en la barriga, ya me pongo mala. Eso y la discusión de mis padres...

—Venga, te acompaño al lavabo y luego te pones el pijama —le digo.

Por suerte, no protesta, que es lo normal, y salimos del campo de batalla.

—¿Crees que mamá y papá harán pronto las paces? —pregunta Lukas tapado con sus sábanas de Tom y Jerry. Está un poco pálido y me da pena.

—Seguro —le digo, pero no debo de sonar muy convincente porque le cae una lágrima por la mejilla.

—No me gusta que se peleen tanto —solloza—. Y mamá me tiene que contar el cuento de buenas noches.

Cierto, a su edad tiene derecho a que sus padres lo mimen cuando se va a la cama.

—Ahora la llamo, ¿vale? —Le hago una mueca pero ni se inmuta.

Mis padres siguen en la cocina, uno enfrente del otro, como dos gatos defendiendo su territorio: ahora ataca uno, ahora se defiende el otro y viceversa.

—Lukas se encuentra mal y quiere que le contéis un cuento de buenas noches —digo aprovechando un momento de silencio—. Podríais hacer un hueco en vuestra agenda. Hasta mañana. —Me voy a mi cuarto y me siento tan mal como hacía mucho tiempo que no me sentía.

De: Jana@mellizosmail.de

Asunto: Jaulaburg

Fecha: 21 marzo 19:33:31

A: Hallo@MiraMiracle.de

Vaya, parece que sí hay cosas interesantes en Jaulaburg. ¡Cuéntame! ☺. ¿Cómo es? (altura, color de ojos, atractivo del 1 al 6). Ojalá tu hermano consiga el nombre. Si no, lo castigas así: sin tele hasta Navidades / le quemas todas sus piezas de Lego / no le dejas ir al parque / ducha diaria con mucho jabón. Espero que no tengas que llegar hasta ese punto. ¡Manténme informada! Voy a echarle un vistazo a *my Englishbook*. No sé por qué me da que la *miss* Culogordo nos va a poner *tomorrow* un *test* y como vuelva a sacar un cero, papá me mata, *you know?* Y no me

dejaría ir a verte y eso sería una pena, ¿no? ☹. Ni se te ocurra pensar lo contrario, guapa...

Bye-bye! J.

¡Uf! La *miss* Culogordo... Tengo que admitir que echo de menos a gente, pero a ella no, desde luego. Y quién sabe, quizá me vuelva a encontrar pronto con *míster Sweet*. Mi vida aquí sería bastante más dulce.